

minable y triste crudeza. Yo he sido quien ha robado el dinero de tu tío Felipe; yo, quien abusando de la confianza que ha depositado el hermano de tu padre en nosotros, y olvidando los beneficios que nos ha prodigado, he sacado, mientras dormías, de tu bolsillo la llave que te dió en prueba de estimación y afecto, para que pudieras realizar pagos en su ausencia, y he abierto con ella el cajón monedero; yo, en fin, quien exponiendo á la vergüenza el nombre de tu padre, me he arrojado á una acción que puede acarrearlos á todos la desolación y la ruina.

»Parece que una vez confesado mi torpe delito, debiera serme menos penoso continuar escribiendo; pero lo que me falta detallar es tan triste, que al pensar que tengo que decirselo á mi hijo, se enciende mi rostro de vergüenza y me parece que desfallecen todos mis ánimos para continuar.

»Ello, sin embargo, es preciso. Hay que evitar á toda costa males mayores que los que nos afligen, con ser estos tan grandes. Yo te suplico que, para juzgarme, dejes de pensar en que soy tu madre, para considerar únicamente mi cualidad de mujer débil é indefensa contra el error y la flaqueza. Todo esto, que ha de parecerte harto obscuro, lo comprenderás cuando hayas acabado de leer estas líneas.

»Si algo hay en ellas que subleva tu dignidad y provoca tu cólera, ¡por Dios, no maldigas mi nombre, si no quieres impulsarme al mayor de los arrebatos! Es una madre la que te ruega que la perdones y, para ello, pone ante ti su alma de rodillas.

»Siempre procuré cumplir mis obligaciones de esposa. Sólo debía reprocharme cierto orgullo ins-

tintivo de mi belleza; eran demasiadas las gentes que ponderaban la corrección de mis facciones, la esbeltez de mi talle, el brillo de mis ojos, la majestad altiva de mi porte. Tras ese orgullo debía forzosamente ocultarse una pueril y necia vanidad. Sin pensar jamás en faltar á mis deberes conyugales, me sentía, sin embargo, halagada cuando algún hombre fijaba sus miradas en mí con la obstinación del deseo. Por mi parte, ponía cuanta coquetería es compatible con la honradez para despertar en pechos extraños deseos frenéticos imposibles y pasiones que no habían de ser satisfechas. Algunas veces llegaba á reprocharme yo misma ese juego como culpable y peligroso; pero muy pronto me tranquilizaba, pensando que todo ello no pasaba de ser una distracción inocente y que, nunca, por nada ni por nadie, llevaría yo á cabo la menor acción reprochable. A ello me obligaba, á más de mi conciencia, mi cariño extremado á tu padre y á tí.

»Hará poco más de dos años, en ocasión de hallarte ausente, cursando tus estudios en la Academia Militar, tuve ocasión de conocer á una persona, cuyo nombre no he de decirte, suceda lo que quiera, para evitar que tomes á tu cargo castigar como se merece su acción. Tu padre me la presentó como á un amigo y compañero de Círculo. Era un hombre en el esplendor de la juventud, arrogante y de maneras distinguidísimas. En su mirada, dura y subyugante, se adivinaba al ser acostumbrado á dominar siempre y á sacrificar á sus propósitos cuanto fuere menester, sin consideración á ningún obstáculo. Por instinto puse en juego mis odiosos resortes, que entonces juzgaba inocentes, para subyugarle. Y llegué á creer, en mi vanidad, que lo había conseguido. Pero aquel miserable era

incapaz de afectos dignos y se había trazado un plan, del cual he venido desdichadamente á ser víctima.

»Hizo de su parte cuanto fué preciso para demostrarme una pasión inextinguible. Me colmó de atenciones y halagos; no perdonó ocasión de venir á vernos con cualquier pretexto; temerosa de su osadía, puse buen cuidado en no recibirle jamás á solas. Mi falta consistía sólo en la vanidad. Así, cuando un día encontré entre las hojas de un libro una carta suya, mi primera intención fué rasgarla sin enterarme de su contenido. Después, la curiosidad, y ¿por qué no decirlo?, el amor propio, pudieron más que mi indiferencia. Habrás adivinado que la carta contenía una declaración. La arrojé al fuego y me juré no devolver jamás el saludo á quien de tal suerte me consideraba capaz de faltar al deber y al decoro.

»Rota la carta, creí olvidar fácilmente lo que en ella se consignaba. Decía el malvado que no volvería á presentarse ante mi marido ni vendría, por consiguiente, á vernos, avergonzado de hacer traición á un sincero amigo; pero que no podía dominar su pasión; que solicitaba de mí una entrevista, y que si no accedía á su pretensión, consideraría su vida frustrada y no le faltaría ocasión de ponerla un trágico término.

»Debí yo despreciar semejante amenaza. No es frecuente que se maten los hombres por amor antes de conseguir correspondencia del ser querido. Lo que lleva al delito no es el deseo, sino la pérdida de la posesión. Por eso no se suicidan los pobres laboriosos y sí los ricos arruinados. No pensé en nada de esto. Creí firmemente que mi vanidad podría acarrear una catástrofe cruenta, y esto me atormentó de tal manera, que me fué ya impo-

sible desde aquel día dejar de meditar en las contingencias probables ni un solo minuto.

»A los pocos días llegó á mi poder una nueva carta. En ella, después de las protestas de amor, me pedía el importuno la entrevista con mayor energía y apremio. Se me otorgaba un plazo, pasado el cual yo sería la única responsable de lo que pudiera ocurrir. Tampoco contesté á esta nueva misiva, pero fué mayor mi sobresalto. Extinguido el plazo, no tardé en saber por mi marido, que su amigo había intentado suicidarse disparándose un tiro, y que estaba ligeramente herido en un hombro; pero que el proyectil del arma que había utilizado era de tan pequeño calibre, que apenas si había hecho otra cosa que perforar la ropa y la epidermis. Lejos de pensar que la tentativa de suicidio podía ser una farsa indigna, me sobresalté de tal modo, que poco me faltó para caer seriamente enferma de congoja y de susto, aterrada ante la perspectiva de la muerte de un hombre, de la cual sería yo la única culpable.

»La tercera carta tardó en llegar hasta mí pocos días. El amante tenaz postulaba una entrevista por última vez, y para concederla ó denegarla me señalaba un último é improrrogable plazo. Caí en la más espantosa confusión. Y por primera vez vino á mis mientes una idea que me pareció salvadora y que no era, en realidad, sino descabellada. Pensé en concederle la entrevista y en ella hacerle ver lo absurdo de su pretensión. Creía que mi fascinación sobre él sería tan grande, que bastaría á hacerle desistir de su empeño, sobre todo cuando viera mis lágrimas y el tormento á que me sometía. Esto pensado, le escribí citándole en el lugar que me proponía: una casa que decía ser el miserable de un amigo suyo, anciano y respetable,

quien habría de presenciar nuestro diálogo, y que, según he sabido después, no era sino la más asquerosa de las guaridas del vicio y del crimen.

»Llegado que fué el día señalado, me vestí y me dispuse á salir. Por fortuna, tuve una inspiración. Aquel hombre podía engañarme. Mi decoro de esposa y de madre se sobrepuso á todo; pensé por primera vez con repugnancia en aquel hombre vanidoso y osado, y juzgué que no merecía de mi parte sino el desprecio. Volví á desnudarme y no acudí á la cita.

»Pero hará cosa de quince días recibí una carta que me llenó de aflicción y de asombro. El canalla se quitaba de una vez para siempre la máscara. Me decía que se encontraba en un grave apuro pecuniario; que había pensado, para salir de él, en mi buena amistad, y que conservando en su poder una epistola mía comprometedora, puesto que en ella le daba cita para un lugar conocido como mancebía, haría llegar esta carta á las manos de mi marido si en el término de ocho días no certificaba, á su nombre y con determinada dirección, la cantidad de diez mil pesetas.

»Comprendí entonces la magnitud de mi insigne torpeza. El enamorado galán era, en fin de cuentas, un odioso y grosero estafador. Sentí que me ahogaba la cólera, al verme herida al mismo tiempo en mi dignidad de señora y en mi vanidad de mujer. Pero, pasado el primer arrebató, comprendí que estaba en manos y en poder del bandido. No tenía más remedio que buscar el dinero; pero, ¿en dónde? Me arrojé en el lecho y pasé toda la noche llorando.

»Me amaneció el día en el mismo estado de insupportable angustia. Agravaba el conflicto el carácter arrebatado, atrocemente impulsivo de los

Fuentemora. Cien veces le había oído decir á tu padre, comentando las modernas comedias de adulterio, que, para él, tan odioso delito no tenía otra sanción que la muerte. Y lo decía con tal aplomo, brillaba en sus ojos fulgor tan extraño al pronunciar estas palabras siniestras, que no podía albergar la menor duda de que, puesto en un trance semejante, sería él mismo juez y ejecutor de la víctima. Me aniquilaba, además, la idea de que tú, que siempre me profesaste veneración, pudieras llegar á despreciarme, y aun la de que pudieras participar injustamente de mi desprestigio. Había que buscar las diez mil pesetas á toda costa, de cualquier modo, ocurriese lo que ocurriese.

»No había manera de sacar de casa objeto alguno de valor que no fuera echado de menos inmediatamente. Sabes que yo carezco de otras alhajas que las modestísimas que uso con harta y periódica frecuencia. El plazo iba á expirar y ya, libre de toda vana alucinación, consideraba capaz de cumplir su amenaza á quien había tenido la villanía de fulminarla con tan inusitada sencillez.

»Se cumplen hoy diez días de aquel en que, cuando tu padre se disponía á partir á Bruselas, recibió un sobre que contenía un papel en blanco. Echóse á reír, juzgando que aquello sería una broma de sus discípulos. Pero yo palidecí y quedé como muerta. El plazo que me concedía el estafador iba á expirar muy pronto. La misiva en blanco era sin duda el aviso definitivo. Con asombro y sorpresa de tu padre no quise salir, como proyectaba, y hube de acostarme pretextando una fuerte neuralgia. Una vez ausente mi marido, volví á pensar en mi situación y resolví arrostrar el peligro menor. Felipe guardaba en su mesa una fuerte suma. Decidí tomar de ella la cantidad que necesitaba, y escribí

desde luego al bandido, sin firma, del modo que él siempre lo hacía, sin que hasta entonces hubiera yo podido fijarme en este interesante detalle. Yo iría á la iglesia; allí me esperaría junto al segundo confesonario de la izquierda. Ni una palabra, ni una explicación. El me devolvería mi carta y yo le daría la cantidad. Hecho esto, no pensé sino en realizar cuanto antes mi plan.

»En la noche del último miércoles esperé á que todos estuvierais dormidos. Me levanté, y con las precauciones más meditadas, llegué hasta tu cuarto y te quité del bolsillo la llave del cajón de valores. Con ella me encaminé al despacho de mi cuñado.

»Creyendo de un momento á otro caer al suelo presa de un síncope, llegué hasta la mesa; introduje la llave en la cerradura, y abrí. Sonó en la calle no sé qué rumor, y se paralizó la sangre en mis arterias. Por fin encontré el sobre; saqué de él diez billetes, dejé el resto y volví á cerrar. En aquel momento hubiera sido imposible al más experto clínico percibir la sensación de mi pulso.

»Faltaba únicamente volver la llave al bolsillo de tu guerrera. Y esto, que parecía tan fácil, fué para mí lo más penoso. En aquel momento supremo se apoderó de mí el remordimiento. Me pareció que nada podía haber más criminal y odioso que engañar de tal modo á nuestro bienhechor y ponerlo en el trance de no poder recobrar una finca, cuya pérdida equivalía casi seguramente á la ruina. Volví pies atrás y llegué de nuevo frente á la mesa de Felipe. Con la llave en la mano estuve otra vez indecisa. Pero no me quedaba por seguir sino uno de dos caminos: el del hurto ó el de la deshonra, y la deshonra sería para todos, mientras que únicamente Felipe sería la víctima inmediata del hurto.

»Me decidí: llegué hasta tu cuarto, dejé la llave y me acosté relativamente tranquila. El peligro futuro sería terrible, pero el presente era más inmediato. Saldría de éste y luego pensaría lo que debía hacer.

»Al día siguiente acudí á la iglesia. Allí estaba esperando el canalla. Quiso hablarme, y en su torpe y odioso balbuceo conocí que iba á pretextar miserables excusas. No lo miré siquiera; recogí la carta y le entregué el dinero en un sobre. Por la calle fuí rasgando la prenda de mi estúpida y necia torpeza en más de cien pedazos minúsculos. Sería imposible reconstruir en momento alguno la carta. Masqué con furor el pedazo en que estaba estampada mi firma, y luego, con repugnancia y asco, escupí.

»Esta es la verdad íntegra, completa, como no me hubiera atrevido á decírtela cara á cara. Ahora ya sabes que no soy de vosotros digna; si quieres me denuncias, me maltratas, me escupes, como yo me he escupido á mí misma. No tengo fuerzas para más; el momento en que todo se ponga en claro será aquel en que, humillada é incapaz de luchar con la desesperación, dejará de vivir tu madre.»

Más de media hora tardó en acabar la lectura el anciano. Volvió varias veces á comenzarla, coquetejó uno con otro varios párrafos. En el rostro impasible del mudo no apareció la menor señal de emoción ni de abatimiento.

Acercóse á la ventana, colocó la carta sobre una pequeña bandeja, encendió una cerilla y la prendió fuego.

Toda la confesión doliente ardió en un minuto en llamas intensas, que contempló inmóvil el veterano.

Sólo cuando la última chispa pareció errar,

como un gusanillo de luz, en la última pavesa, el mudo se dirigió á la llave del conmutador y sumió la habitación en las hoscas tinieblas en que, desde hacía tres días, estaban sumergidas las almas.

IX

El activo don Zacarías dejó la pluma sobre el pupitre, afirmó en la nariz sus anteojos, pasó la mano sobre su calva reluciente y dijo al criado, que esperaba en pie, con un lápiz sobre la oreja y en la mano derecha un cepillo grasiento:

—Puede pasar ese caballero.

Era el despacho del prestamista una especie de cuchitril, en el cual papeles, prendas de vestir y libracos se encontraban en amable desorden. Sin duda era el personaje rechoncho y pulcramente afeitado muy amante de la puntualidad ó gran conservador de prendas dejadas en depósito, porque de la pared pendían hasta tres relojes de péndola, y sobre la mesa, como si temiera su dueño dormir á destiempo, lanzaba un sonoro *tic-tac* un enorme despertador de níquel. La profusión de cuadros de los entropaños contrastaba con la mezquindad del mueblaje, reducido á una mesa, un estante henchido de abultadas carpetas y dos sillas ocupadas por las ropas y los expedientes á que antes hemos hecho alusión.

No tardó en presentarse el nuevo cliente. Don Zacarías lo analizó de pies á cabeza, de una certera aunque rapidísima ojeada. Vestía correcto

traje de americana, y, sin duda, el asunto que le traía era por extremo apremiante, porque en sus facciones se advertía, á primera vista, la contracción nerviosa producida por largas horas de agitación.

Paseó una mirada indiferente sobre el tugurio y todos sus extraños objetos, como si la preocupación de sus propios asuntos le impidiera fijarse en todo detalle que con ellos no tuviera relación directa.

—Síntese usted, ¡cáscaras!—dijo el prestamista, como si con aquella exclamación le hubiera hecho posible tamaña empresa.

El cliente miró á su alrededor, y, viendo ocupadas las dos únicas sillas por ropas y papeles, decidió, como era natural, continuar en pie.

—He visto su nota de usted—siguió el negociante, dibujando en su boca desdentada una forzada y más que importuna sonrisa—. Y siento decirle que nada podemos hacer. Usted es menor de edad, y, además, oficial del Ejército. Ya sabe usted las dificultades que esto suscita. Hoy se hila muy delgado; sí, señor, muy delgado.

Y el hombrezuelo hizo con los dedos la señal de una extraña torsión, como si se dispusiera á retorcer un fragmento de cáñamo extraído de una invisible y fantástica rueca.

—Creo haber consignado en la nota—pronunció con voz nerviosa y entrecortada Julio, que él era y no otro el visitante—, que tomaría ese dinero á cualquier interés, y que estoy dispuesto á firmar una cantidad muy superior á la que usted pueda facilitarme, respondiendo con las pagas que hayan de corresponder á mi empleo de segundo teniente.

—Eso se dice muy pronto, ¡cáscaras!—le interrumpió el vejete—. Pero ya no se admiten las re-

tenciones ilimitadas, y, además, los contratos que se hicieren con un menor son nulos, con arreglo al art. 1.263 del Código civil.

—Sin embargo—insistió el oficial—, yo he oído que algunos menores se han procurado dinero en ocasiones análogas.

—Sí, señor—le interrumpió el honrado don Zacarías—. Si el menor afirmase que no lo es y presentase su cédula corriente, podría facilitársele el dinero, á reserva de procesarlo, si no pagaba, por estafa. Pero, para ello, es preciso que su padre cuente con bienes de fortuna y que esté dispuesto á sacrificarlos, con tal de no ver á su heredero en la cárcel. Veamos: ¿es rico su papá de usted?

—No tiene sino su sueldo de catedrático—contestó Julio, á quien, de todas suertes, avergonzaba aquella proposición.

—En tal caso, no hacemos nada—dijo el usurero con flemma—. Los que necesitan dinero, creen que no hay más que venir á buscarlo, ¡cáscaras! Hoy mismo me escribe un anciano retirado pidiéndome que le facilite diez mil pesetas sobre... ¡asómbrese usted, amigo mío! ¡sobre su palabra de honor! ¿Le parece á usted que esto tiene atadero? Luego se dice de nosotros, los que operamos sobre sueldos, que carecemos de conciencia, y no sé cuántas majaderías. Pero nadie tira su fortuna por la ventana, ¡cáscaras! Digo, creo que estará usted conforme conmigo.

Julio no le escuchaba. Vefa que su desdicha era irremediable, y toda la charla del prestamista sonaba en sus oídos como el enfadoso zumbido de un zángano.

—Lo más que puedo hacer por usted—dijo don Zacarías con voz melosa—, es procurarle ese dinero al ocho por ciento mensual, en el caso de que

firme con usted, obligándose mancomunada y solidariamente, una persona de solvencia reconocida, á fin de que la persona que da el dinero pueda ejercitar el beneficio de excusión.

De toda aquella jerga, sólo una cosa entendía Julio: que no había para él salvación posible. Murmuró unas cuantas palabras y salió de la habitación, seguido hasta la puerta por el usurero, que le decía con su acento dulzón é insoportable:

—¿Qué le hemos de hacer? Yo quisiera servirle. Otra vez podré hacerlo, ¡cáscaras!

Se encontraba el oficial en la calle, desorientado, más que nunca perplejo. Las gentes pasaban á su lado con una indiferencia que le pareció brutal y agresiva. ¿Era así como se frustraba en sus comienzos toda una vida, sin que hubiera sobre la tierra medio humano de salvar del naufragio siquiera el propio nombre? ¿Cómo no habían pensado las gentes en asociarse para casos tales, en hallar medio decoroso de procurar una cantidad miserable á quien hubiera dado en aquellos momentos todo su porvenir y todas sus risueñas esperanzas por ella?

Un ansia vehemente, un deseo loco lo asaltó en tan crítica situación: el de buscar al culpable de su desdicha y abofetearlo, escupirlo, destrozarlo con sus manos y reducirlo á polvo. No lo conocía; pero imaginaba quién podría ser y recordaba su domicilio y su nombre. En su casa no habían entrado muchos amigos. Había oído hablar de Rafael, del lindo, del amable y pulcro Rafael. El era, sin duda, el canalla explotador de mujeres. Con paso precipitado recorrió calles, pasó encrueladas, hasta llegar á un barrio apartado, un polvoriento y sucio suburbio, y encontrar en él una casa en cuyo portal tres chiquillos disputábanse en los azares de

un juego primitivo la posesión de unos huesecillos de fruta.

—¿No vive aquí un señor que se llama don Rafael?—preguntó al más avispado y travieso.

—¿Don Rafael?—repitió el chicuelo, recogiendo en su delantal las ganancias—. ¿No es un señor alto, rubio, con el pelo rizado?

Julio quedó turbado. El no conocía al bandido. ¿Cómo iba á confrontar sus señas con las que le daba el jugador en ciernes?

—¿Uno muy guapo, muy orgulloso, que lleva siempre las manos llenas de sortijas y huele muy bien á perfumes?—siguió el granujilla.

Sí, no cabía duda; aquel debía ser. Así se lo figuraba, engreído en sus fáciles triunfos, alhajado como un rastacuero, oliendo á opoponax como una cocota. El chicuelo lo había retratado en dos frases.

—El mismo—contestó.

—Pues entonces—dijo el chiquillo—, no puede usted verle.

—¿Por qué?

—Porque hace cuatro días marchó á Barcelona. Dicen que va á embarcarse para no sé donde; para un país que no recuerdo si es Méjico ó el Perú.

Sintió Julio un violento golpe en el corazón. No le quedaba ni la satisfacción de abofetear y aplastar al infame. Dió una moneda de cobre al muchacho y volvió á la calle, más desesperado que nunca, mientras el granujilla decía á sus compañeros de juego:

—¡Con un hueso os he ganado sesenta y tres!

Estas palabras cambiaron el rumbo de las ideas del oficial. Con un huesecillo había desbancado el pequeño aventurero á sus camaradas. Recordó que tenía en su cartera doscientas pesetas. A su paga primera se había unido un pequeño regalo en me-

tálico del abuelo. ¿No podía él con aquella pequeña cantidad ganar en el juego lo suficiente para conquistar su salvación y su crédito? Corrió desalado en dirección al Circulo, en donde la partida debía ya haber comenzado á empeñarse. Ni siquiera pensó en que aquel mismo día debía presentarse, sin pretexto ni excusa, al coronel, por expirar su corta licencia.

Subió las escaleras del Circulo de dos en dos. No observó que, al pasar él, se separaban prudentemente algunos de sus compañeros de Academia. Entró resueltamente en la sala en que se jugaba al *baccarat*. Pero la fortuna le fué adversa; todo su dinero quedó allí.

Salió sudoroso y febril al salón de fumar. En un diván vió á dos amigos, que, al verle acercarse, se retiraron precipitadamente.

Tal conducta le desconcertó. ¿Habría su tío realizado la imprudente amenaza? ¿Sería su deshonor del dominio público? ¿Podía haber llegado á extremo semejante la absurda impetuosidad, la colérica ofuscación del mayor de los Fuentemora?

Cogió en sus manos un periódico militar. Fijó en él su mirada vaga y distraída. Pero de pronto ahogó un grito de espanto y sintió helarse la sangre en sus venas.

En el diario había impreso un suelto concebido en estas palabras:

«En los Circulos militares se habla de una reunión que han de celebrar los oficiales de un regimiento de Caballería para juzgar la conducta de un compañero suyo, al cual se acusa haber cometido una acción deshonrosa.»

¿Se obscurecía la luz del sol, ó eran sus ojos los que se negaban á ver? Comenzó á andar lenta, pausadamente. Le pareció que todo giraba en tor-

no suyo. Maquinalmente se encaminó á casa de Fuentemora. Subió tropezando la escalera, llamó y entró sin ver al nuevo servidor, que lo acogía con genuflexiones extrañas.

Entró en su habitación. Colgado de la percha del dormitorio estaba el revólver de reglamento, metido en su funda charolada. Julio sonrió amargamente al verle, como si hubiera encontrado á su único amigo.

Tendió hacia el arma su mano nerviosa. Pero otra mano firme y segura lo contuvo. Volvióse y encontró en su presencia al abuelo.

Estaba pálido como él; como sus manos, las del anciano se crispaban heladas; como en su frente, en la del veterano brillaba el sudor.

Sacó el abuelo de su cartera papel y lápiz, y ante la mirada extraviada del nieto, escribió con pulso seguro esta sola palabra:

Mañana.

X

Al día siguiente, Felipe Fuentemora, que había conciliado el sueño cerca del amanecer, se despertó cuando el reloj señalaba las nueve y cuarto. Tomó su baño acostumbrado, preparado desde la vispera, vistióse y oprimió el botón del llamador.

Uno de los nuevos criados se presentó cuando apenas el timbre había dejado de sonar.

—¿Quiere el señor que le sirva el desayuno?—preguntó con acento de respeto cortés.

—No—le contestó Fuentemora—. ¿Se ha levantado el señorito Julio?

—Lo ignoro—respondió el servidor—, porque nadie ha llamado ni salido de su habitación, excepto el señor mayor, que se levantó muy temprano y salió de caza.

—¿Que ha salido mi padre de caza?—preguntó asombrado Felipe—. Me extraña, porque no parecía que estaba de humor de diversiones.

—Escribió en la pizarra del recibidor que salía al campo á matar pajarillos. Aun puede el señor verlo escrito de su puño y letra.

—Está bien; puedes retirarte.

La conducta del viejo soldado comenzaba á exasperar á Felipe. Acostumbrado á la constante y forzosa reserva á que la mudez le obligaba, creía que, en ocasión tan crítica, debía haber sido con él, por escrito ó por señas, bastante más explícito. Su obstinación en ocultarle la inversión que hacía del haber del retiro, su impasibilidad aparente ante la fechoría de su nieto, el aislamiento en que le dejaban, tanto él como Adela, cuando lo dominaban el pesar y la cólera, le indignaban y enfurecían.

En esta situación lo encontró á mediodía Joaquín Arizábal. El nuevo funcionario venía á saber lo ocurrido. No había instruido sumario alguno, convencido de su inutilidad y de la conveniencia de que lo sucedido permaneciera en el mayor misterio. Así, su estupefacción fué terrible cuando Fuentemora le dijo que, en un raptó de cólera, había escrito al coronel diciéndole que Julio le había sustraído diez mil pesetas y que deseaba que le amonestase.

—¿Qué has hecho, imprudente?—le increpó Joaquín—. ¿No has pensado que, lejos de buscar reme-

dio al conflicto, lo has agravado en términos que quizás no tengan solución? ¿Has creído que se trataba de un preceptor y un niño, cuando se trata de un coronel y un oficial, que puede ser expulsado del cuerpo en que sirve?

Iba á contestar el ex comerciante, cuando sonó repetidas veces el timbre, se oyeron portazos, voces, lamentos, y el criado entró en el despacho diciendo con voz alterada por la emoción:

—¡Señor, señor!

—¿Qué quieres?

—¡Ha ocurrido una gran desgracia! ¡Una cosa terrible!

—¿Qué es ello?

—¡Que su señor padre ha sufrido un accidente de caza y lo traen mortalmente herido!

XI

Se condujo á don Ramiro al lecho. No había recobrado el sentido y de su costado manaba la sangre todavía, á pesar de haberle sido practicada en la Casa de Socorro la primera cura. El profesor que había sido encargado de realizarla había llegado también para vigilar al herido hasta tanto que fuera avisado el médico de cabecera. Su opinión no podía ser más desconsoladora: al anciano le quedaban pocas horas, acaso pocos minutos de vida. Había recibido en el costado toda la carga de la escopeta y tenía destrozado el pulmón; además se hallaba extenuado por la hemorragia.

Dos aldeanos, que habían oído la detonación, lo habían encontrado en el campo y cargado su cuerpo sobre una acémila. En esta situación habían llegado al benéfico centro, en donde se pudo comprobar que el accidente debía haber sido casual y producido seguramente por habersele caído el arma al infeliz. No pudieron los aldeanos facilitar más datos, ni ellos eran precisos para saber que la catástrofe era absoluta é irremediable.

Momentos después se agrupó alrededor del lecho toda la familia de Fuentemora. Adela, de rodillas junto á la cama y la cabeza apoyada en el borde del edredón, lloraba en silencio. Julio permanecía en pie, aturdido y convulso. Felipe, el hombretón fuerte y vigoroso, que tantas veces había luchado con la adversidad, se sentía aniquilado y gimoteaba como un niño, llevándose á los ojos los puños y sollozando ruidosamente. Ya no le importaba la ruina; ya no pensaba sino en la pérdida de aquel pobre viejo, cuya vida había sido un sacrificio constante y á quien debía tantas enseñanzas de virtud y de abnegación.

Arizabal los contemplaba emocionado profundamente, sin atreverse á pronunciar una frase que turbara el silencio solemne. ¿Qué especie de fatalidad pesaba sobre la familia de su antiguo amigo, tan feliz hacía ocho días, y sumida ahora en tan grandes y varios infortunios? Y pensaba en el regreso del profesor su amigo, ignorante de que, al volver, debía encontrar la ruina y la muerte donde había dejado el bienestar y la vida.

Don Ramiro permanecía en el lecho, yerto, exánime, con los ojos cerrados. Su noble cabeza descansaba en la almohada como un busto marmóreo. Su respiración, debilísima, apenas si hubiera sido capaz de mover la más leve pavesa.

Media hora larga transcurrió así; media hora interminable sin que entre los reunidos ante el lecho de muerte se cruzase una sola palabra, se formulase la menor queja ni reproche.

Al cabo de este tiempo se oyó un débil gemido y el moribundo abrió los ojos.

Todos entonces se acercaron, procurando recomponer el semblante, alterado por la emoción.

El mudo los miró fijamente, y luego, con un supremo esfuerzo, volvió la cabeza hacia una cartera que, por olvido ó de propósito, había dejado antes de su salida sobre la mesita de noche.

—¿Quiere usted algo, padre?—preguntó Felipe, procurando que su voz apareciese serena.

El anciano agitó la cabeza suavemente, como en señal afirmativa.

—¿He de buscar algo en esta cartera?—insistió Felipe suponiendo que sería esto lo que le mandaba su padre.

La mirada afirmó de nuevo. Abrió la cartera Felipe y halló en su seno un papel abultado. Lo desdobló y comenzó á leer en voz baja:

«Póliza número 35.400. Importe: 15.000 pesetas.»

Felipe se interrumpió horrorizado.

Para salvarle, el abuelo se sacrificaba. Era su nieto quien le había obligado á quitarse la vida, y el anciano infeliz procuraba redimir con su sangre la paz y la felicidad de los suyos.

—¡Qué ha hecho usted, padre!—sollozó.

Algo más tenía que decir el soldado, porque su mirada siguió fija é inmóvil en la cartera.

—¿Hay algo más dentro?—preguntó de nuevo el hijo atribulado.

—¡Sí!—dijeron los ojos del moribundo.

Volvió á registrar nerviosamente Felipe, y tras

no pocas infructuosas pesquisas, logró hallar en uno de los escondrijos de la cartera un papel cuidadosamente doblado.

En el papel, la mano firme y segura del mudo había escrito textualmente:

«La pasión por el juego me ha perdido. Yo he sido quien ha robado las diez mil pesetas y quien ha comprometido al abnegado Julio, que se ha acusado por exculparme. Perdón. A ser posible, que nada sepa Federico.»

—¿Qué ha escrito usted aquí?—preguntó en alta voz Felipe, en el colmo de la estupefacción—. ¿Que usted ha sacado del cajón las diez mil pesetas?

El viejo volvió á decir que sí con los párpados.

—Pero, ¿habla usted de veras ó nos engaña?

El movimiento afirmativo de los párpados fué tan veloz, que Felipe quedó convencido.

—¡No, abuelito, no!—dijo sollozando el joven oficial—. ¡Es ya demasiado!

Fué tan imperiosa la mirada del moribundo, que dejó cortada la frase en sus labios.

—¿Es cierto ó no lo que dice tu abuelo?—preguntó duramente Felipe.

—Es cierto—contestó el oficial bajando los ojos.

La mirada se fijó en él, y pareció decirle con inmensa ternura:

—¡Gracias!

Después, como si únicamente esperara á realizar esta confesión para dar por cumplido su destino en la tierra, el anciano cerró los ojos, dió un gran suspiro y dejó de existir.

Felipe se arrojó sobre el cuerpo del veterano y cubrió su pálido rostro de besos y lágrimas.

Julio, aturdido, avergonzado sin saber de qué, volvió la cabeza y miró á su madre.

Adela continuaba llorando en silencio.